

Clausura del IV Curso de Lexicografía Hispánica
Lección final pronunciada por:

Darío Villanueva
Real Academia Española

Entre la Galaxia Gutenberg y la Galaxia Internet

En 2003 se repuso en España, después de siete lustros de su última representación, la pieza teatral de Antonio Buero Vallejo *Historia de una escalera*, estrenada en fecha tan temprana como 1949. Bajo la dirección de Juan Carlos Pérez de la Fuente, el Centro Dramático Nacional llevó a escena, en el teatro María Guerrero de Madrid, este texto ya clásico del repertorio español contemporáneo. En él, la crítica valoró desde un principio su carácter de hondo drama que presenta y denuncia el desespero existencial de unas vidas marcadas por el lastre insuperable de una aplastante posguerra.

Asistí a una de esas funciones madrileñas en una tarde primaveral en la que el teatro se llenó de un público para mí especialmente prometedor. Eran docenas de adolescentes que, acompañados por los profesores de sus centros escolares, acudían al María Guerrero como quien va de fiesta, lo que me resultó fácilmente comprensible: aquello significaba tanto como substituir la rutina de las aulas por la novedad fascinante de una experiencia teatral que, dicho sea de paso, siempre formó parte del repertorio de los recursos educativos audiovisuales *avant la lettre*. Es bien conocido el intenso empleo del teatro por los centros de enseñanza de tradición anglosajona, sin olvidar, más cerca de nuestra cultura hispana, la misma utilización del arte de Talía en los colegios jesuíticos.

La algarabía preliminar no remitió, sin embargo, una vez alzado el telón. Para mi desconcierto, aquel público de gente jovencísima reaccionó expresivamente siempre del mismo tenor, de forma invariable, a las distintas escenas que componían los tres actos de *Historia de una escalera*: rieron generalizadamente, muchas veces a carcajadas, siempre que concluía una situación dramática o un parlamento de personaje, y así escena a escena hasta el propio final.

Lo que aquello significaba era ni más ni menos que la comprensión de un drama como si fuese una comedia, y esto sin el mas mínimo margen de dubitación. Antonio Buero Vallejo quiso representar, a lo largo de un curso temporal de treinta años, cómo el drama de la vida transmitía de padres a hijos las mismas frustraciones, los mismos fracasos, un mismo destino inmisericorde. Todo esto se manifiesta a través de situaciones repetitivas desarrolladas en el escenario desolador de una escalera que se nos figura como una trampa o cepo en el que quedan atrapadas las vidas tanto de Carmina y Urbano, de Fernando y Elvira, como de la hija de los primeros y el primogénito de los segundos. Todos recordamos, en el acto inicial, el clímax que se produce cuando Fernando, soñador abúlico, promete a su novia una cadena de logros que los irá llevando paulatinamente al triunfo personal y a la felicidad amorosa, y todo remata cuando el chico, embebido en sus ensoñaciones, hace que se vierta la leche que Carmina acababa de traer al empujar el cántaro con su pie. Esta recreación del amargo «cuento de la lechera», que probablemente ya no dice nada a los más jóvenes, fue festejada con un risueño aplauso del auditorio, encantado, al parecer, por lo cómico de la situación y por la torpeza del protagonista.

Para mí aquella respuesta, la recepción unánime de la pieza de Buero Vallejo por el público estudiantil en clave cómica, ejemplificó nin más ni menos que la muerte del drama, la lectura de una pieza de estas características como comedia, géneros antitéticos entendidos como tales desde que el propio Aristóteles formulase su teoría poética.

George Steiner hace ya casi cincuenta años estudió el gran tema de la muerte de la tragedia. Todas las personas tenemos conciencia del sino fatal que se ceba en algunas vidas pero la tragedia como género dramático tuvo su momento y hace siglos que desapareció. Las fuerzas trágicas son irracionales e insuperables. Cuando las causas de la catástrofe trágica son afrontables con posibilidad de reducirlas o erradicarlas, entonces entramos ya en la esfera del drama, como sucede en *Historia de una escalera*. Una sociedad mejor articulada, más abierta, con más incentivos posibilidades, y un temperamento más decidido, menos apático y acomodaticio de los protagonistas cambiaría por completo su suerte y los llevaría a la realización positiva de sus vidas.

Buero Vallejo no quiso, sin embargo, ofrecernos esa posibilidad en su pieza; su intento era sacudir dramáticamente al público, generando en él la catarsis de conjurar sus propias servidumbres y miserias, las que tenían los espectadores de 1949 y tenemos también los de hoy, mediante la representación del sufrimiento de quien, sobre el escenario, nos mimetiza. Mas un grupo homogéneo, por edad y por formación, de espectadores de 2003 no se sintió concernido por semejante propuesta teatral, y de hecho transformaron el drama de Buero en una comedia, fuente de regocijo, de risa, de jolgorio. Ciertamente, el teatro, desde sus mismos orígenes, es fiesta en un sentido litúrgico, ritual, en cierto modo mítico. Es una celebración en la que la sociedad, colectiva, tribalmente, se reconoce a sí misma en la farsa que se reproduce sobre la escena, pero unas veces el fruto de la fiesta, la catarsis, es risueña, mientras que en otras es aceda. Si aquel público mozo reía un drama como comedia, de hecho reducía a esta última posibilidad toda manifestación teatral. ¿Y cómo así?

Reflexionando sobre lo sucedido en aquella función del María Guerrero se me hizo muy presente una poderosa fuerza que podría haber influido en el fenómeno: la mediación televisiva. Aquellos jóvenes podría ser que participasen por primera vez de una función teatral, como acreditaba quizás el estado de euforia con que se acercaron al coliseo. Pero, ¿cuántas horas de televisión habrían asimilado ya en su corta vida?

Por otra parte, en muchas de esas horas, por caso en las ficciones televisivas que se les hubiesen ofrecido, el registro no solamente habría sido cómico sino que estaría acompañado del refuerzo de unas risas enlatadas que desde la propia banda sonora de la emisión inducirían una respuesta unánimemente unívoca. En cierto modo, la televisión es fundamentalmente comedia, hasta el extremo de que pueda llegar a sugerir a las nuevas generaciones una identidad funcional entre la comedia y el espectáculo televisivo.

El paso siguiente en mi argumentación me llevó al terreno de lo que será el motivo central de estas páginas. La pregunta es sencilla: ¿estaría asistiendo a una manifestación cristalina de un cambio radical de sensibilidad entre la juventud? Después de que durante veinticinco siglos las personas reaccionasen ante la tragedia como tragedia y ante la comedia como comedia, ¿la poderosa mediación televisiva de que hablamos sería quien de cambiar tan profundamente las bases de la condición humana y nuestra capacidad de comprensión hasta el extremo de abrir una quiebra insuperable

entre Antonio Buero Vallejo, o incluso mi generación, nacida cuando *Historia de una escalera* estaba ya escrita, y los espectadores potenciales de hoy?

En los años sesenta del siglo pasado, una muchacha recién licenciada, Janet Murray, mientras no lograba una beca para doctorarse en literatura inglesa entró a trabajar como programadora en la compañía IBM. Obtenido finalmente aquel título académico, abandonaría la actividad docente e investigadora para incorporarse al «Laboratorio para la tecnología avanzada en Humanidades» del MIT, donde actuaba ya como director Nicholas Negroponte (1999), el autor de *Being Digital*. Años más tarde, Janet publicaría un libro sobre el futuro de la narrativa en el ciberespacio donde recoge la misma sensación que yo experimentara en el transcurso de la representación antes comentada: «El nacimiento de un nuevo medio de comunicación es al mismo tiempo fuente de entusiasmo y temor. Cualquier tecnología industrial que extienda espectacularmente nuestras capacidades nos pone también nerviosos al cuestionar nuestro concepto de humanidad» (Murray, 1999: 13).

Más radical se había manifestado con anterioridad un conocido crítico literario norteamericano, Sven Birkerts, que en 1994 no había dudado en publicar *The Gutenberg Elegies*, libro como su título da a entender muy pesimista acerca del futuro de la lectura en la era electrónica. Birkerts ensarta una ristra de interrogantes a propósito de cómo las nuevas tecnologías pueden estar distorsionando nuestra condición humana, fragmentando nuestra identidad, erosionando la profundidad de nuestra conciencia. Y concluye con unas palabras que inciden directamente en la problemática que constituye el meollo de nuestro futuro cultural: la educación. Dice Birkerts (1999: 293): «Estamos renunciando a la sabiduría, cuya consecución ha definido durante milenios el núcleo mismo de la idea de cultura; a cambio nos estamos adhiriendo a la fe en la red».

En ambas las dos voces citadas, Janet Murray y Sven Birkerts, resuena como en eco el pensamiento de una de las figuras intelectuales más destacables de la segunda mitad del siglo XX, el crítico literario canadiense Marshall McLuhan, que fundamentaba en 1962 su revelador libro *The Gutenberg Galaxy* en la afirmación de que toda tecnología tiende a crear un nuevo contorno para los seres humanos. McLuhan entendía los avances tecnológicos como extensiones de nuestros propios cuerpos, de nuestros sentidos, lo que implica en todo caso un rosario de consecuencias psíquicas y sociales.

La tecnología del alfabeto fonético, que data de tres mil o tres mil quinientos años antes de Cristo, trasladó a los seres humanos desde el mundo mágico del oído y de la tribu, donde la comunicación se basaba exclusivamente en la oralidad, al mundo neutro de lo visual. Semejante cambio representa inicialmente un empobrecimiento notable de la vida imaginativa, sensitiva y emocional. El descubrimiento de la imprenta de tipos móviles potencia extraordinariamente la cultura del alfabeto, al multiplicar mecánicamente los escritos y posibilitar su desparramamiento por el mundo adelante.

McLuhan atribuye a la imprenta no solamente el reforzamiento del individualismo sino también la aparición de las nacionalidades modernas. Y en su recorrido histórico, luego de subrayar lo que representó hacia el año 1844 el descubrimiento del telégrafo, llegamos a lo que en algún momento de su obra denomina «la constelación de Marconi», llamada a eclipsar la Galaxia Gutenberg. McLuhan suele hablar, así, de los «medios eléctricos» para referirse también a la radio, al cine, al teléfono y a la televisión o «iconoscopio», que, en sus propias palabras, «ha acrecentado y exteriorizado todo nuestro sistema nervioso central, transformando así todos los aspectos de nuestra existencia social y psíquica» (McLuhan y Zingrone, 1998: 293). Contraído para nosotros el globo por mor de los medios eléctricos mencionados, el universo se reduce a una aldea, resurge el tribalismo primitivo, pre-alfabético, y se pueden comprender entonces fenómenos de gregarismo como el de aquella lectura cómica de un drama por parte de los adolescentes madrileños, por poner un ejemplo concreto.

En 1966, cuando Marshall McLuhan hacía poco que concluyera las propuestas formuladas inicialmente en *La Galaxia Gutenberg* (1962) y desarrolladas enseguida en un segundo libro, *Understanding Media* (1964), en Europa Umberto Eco (1968), por aquel entonces un joven investigador del medievalismo y la semiología, daba a las prensas su famoso libro *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas* donde expresa la inquietud de los humanistas a causa de la creciente democratización de los bienes culturales promovida por la proliferación de mensajes transmitidos a través de novedosos cauces. Su observación de partida era incontestable: desde una concepción elitista, «la mera idea de una cultura compartida por todos, producida de modo que se adapte a todos, y elaborada a medida de todos, es un contrasentido monstruoso. La cultura de masas es la anticultura» (Eco, 1968: 12). Frente a esta postura apocalíptica,

Eco registra también la reacción optimista del integrado, que era la suya propia: la nueva era representaba una oportunidad única para la ampliación del campo cultural contra la que, sobre todo, no cabía la indiferencia. La conclusión de Eco (1968: 15) era muy clara a este respecto: «El universo de las comunicaciones de masa — reconozcámoslo o no— es nuestro universo; y si queremos hablar de valores, las condiciones objetivas de las comunicaciones son aquéllas aportadas por la existencia de los periódicos, de la radio, de la televisión, de la música grabada y reproducible, de las nuevas formas de comunicación visual y auditiva».

Hace un momento registrábamos la inquietud apocalíptica de Janet Murray y Sven Birkerts ya no ante la cultura de masas de que trata Eco, sino frente al ciberespacio y el universo digital. Pero esa misma reacción es registrable casi desde el comienzo de los tiempos. La revolución tecnológica de la escritura es relativamente reciente. El *homo sapiens* data de hace unos cincuenta mil años y solamente hacia el 3000 o 3500 antes de Cristo los sumerios descubrieron en Mesopotamia el alfabeto fonético. Cincuenta siglos después, aproximadamente, surge la revolución de Gutenberg: cuando Camões, Shakespeare, Cervantes y Sor Juana Inés de la Cruz escriben se trata todavía de una conmoción apenas asimilada.

En cierto modo, esta segunda revolución potenció extraordinariamente la precedente porque fue la impresión y no la escritura lo que de hecho reificó la palabra y con ella la actividad intelectual. La cultura del manuscrito seguía siendo marginalmente oral. Lo auditivo continuó, por ello, dominando por algún tiempo después de Gutenberg. Finalmente, sin embargo, la imprenta reemplazó el predominio del oído en el mundo del pensamiento y de la comunicación por el predominio de la vista. La imprenta sitúa las palabras en el espacio de un modo mucho más rotundo de lo que nunca antes lo hiciera el alfabeto por sí mismo, y esto determinó una verdadera transformación de la conciencia humana.

Justamente, este hecho ya lo había denunciado con tintes apocalípticos, como bien se recordará, el propio Platón, que en su diálogo *Fedro o del amor* pone en boca de Sócrates el relatorio de cómo el dios Theuth inventó la escritura. Cuando expuso su descubrimiento al rey Thamus, jactándose de sus beneficios, el imperante se mostró por completo contrario a la innovación, por considerarla sumamente perjudicial para la

memoria y, sobre todo, para la verdadera sabiduría, que solo se debería aprender oralmente de los maestros.

De la misma opinión participa Sócrates, como no podría ser de otro modo en el caso del padre de la mayéutica. El discurso escrito está muerto, no es más que un vano simulacro del auténtico, del discurso vivo, «escrito con los caracteres de la ciencia en el alma del que estudia», que justamente por eso puede «defenderse por sí mismo», «hablar y callar a tiempo». Los otros, los discursos de los libros, «cuando los oyes o los lees crees que piensan; mas, pedíles alguna explicación sobre el objeto que contienen y os responderán siempre lo mismo» (Platón, 1984: 658-659).

Conviene recordar aquí, para que estas ideas aparezcan amparadas por su contexto genuino, que la escritura era una innovación relativamente reciente en Grecia. Cuando Platón redacta sus *Diálogos* no hacía más de dos siglos que los helenos la conocían, y de ningún modo se puede decir que fuese ya una práctica habitual entre los intelectuales, pues todavía estaba relegada fundamentalmente a ciertas aplicaciones burocráticas y comerciales. De todas formas, no es ilegítimo considerar, en los términos de Umberto Eco, que Platón y, sobre todo, su maestro Sócrates fueron los primeros apocalípticos ante la revolución tecnológica, comunicativa y humanística que dio lugar a la Galaxia del alfabeto.

Porque cuando Marshall McLuhan acuña ese rubro que tanto éxito alcanzaría, consistente en identificar como Galaxia Gutenberg el ciclo de la modernidad marcado por la invención de la imprenta de tipos móviles, deja así mismo implícitamente instaurada la definición de las dos Galaxias precedentes, la de la oralidad y la del alfabeto. Y posibilita también que su propio nombre sea utilizado para identificar nuestra época contemporánea en lo que se refiere a las tecnologías «eléctricas» de la comunicación, inaugurada a mediados del XIX con la invención pionera del telégrafo al que vendrán a secundar después el teléfono de Graham Bell, el cinematógrafo de Edison y los Lumière, la radio de De Forest y Marconi, y finalmente la televisión, que ya está lista en el decenio de los treinta pero que deberá aguardar al final de la segunda guerra mundial para su difusión universal, hasta el punto de convertirse, según McLuhan, en el «medio eléctrico más significativo porque impregna casi todo hogar en el país, extendiendo el sistema nervioso central de cada espectador, a medida que trabaja y

moldea el *sensorium* completo con el último mensaje» (McLuhan y Zingrone, 1998: 294).

Esta nueva Galaxia que sigue a la de Gutenberg, la cuarta si tenemos en cuenta previamente las de la oralidad y del alfabeto, es así reconocida por los filósofos de la llamada Transmodernidad, entre ellos Rosa María Rodríguez Magda (2003; 2004), como la «Galaxia McLuhan». En ella, lógicamente, la irrupción de la nueva tecnología representa la posibilidad cierta de una muda en la condición humana como el propio McLuhan advertía ya en 1962: «la imprenta comporta el poder individualizador del alfabeto fonético mucho más allá que la cultura del manuscrito pudo hacerlo jamás. La imprenta es la tecnología del individualismo. Si los hombres decidieran modificar esta tecnología visual con la tecnología eléctrica, el individualismo quedaría también modificado. Promover una lamentación moral acerca de ello es como soltar tacos contra una sierra mecánica porque nos ha cortado los dedos» (McLuhan, 1969: 224).

El investigador canadiense murió en 1980, y en el cuarto de siglo que nos separa de su fallecimiento ocurrieron acontecimientos transcendentales para la historia de la Humanidad vista desde la perspectiva que McLuhan hiciera suya. En sus escritos se menciona ya el ordenador como un instrumento más de fijación electrónica de la información, pero lo más interesante para nosotros resulta, sin duda, la impronta profética que en algunos momentos McLuhan manifiesta a este respecto. Así, cuando en su libro de 1962 trata de cómo la nueva interdependencia electrónica recrea el mundo a imagen y semejanza de una aldea global, McLuhan (1969: 55) escribe: «En lugar de evolucionar hacia una enorme biblioteca de Alejandría, el mundo se ha convertido en un ordenador, un cerebro electrónico, exactamente como en un relato de ciencia ficción para niños. Y a medida que nuestros sentidos han salido de nosotros, el GRAN HERMANO ha entrado en nuestro interior».

Unos pocos años más tarde, en la extensa entrevista que una conocida y muy popular revista norteamericana le había hecho, McLuhan expresa una premonición referida a los ordenadores que habla de lo que en aquel momento no era más que un sueño y, por lo contrario, hoy es la realidad más determinante de lo que, con Manuel Castells (2001), vamos a denominar la *Galaxia Internet*. Decía McLuhan: «el ordenador mantiene la promesa de engendrar tecnológicamente un estado de entendimiento y

unidad universales, un estado de absorción en el logos que pueda unir a la humanidad en una familia y crear una perpetuidad de armonía colectiva y paz. Éste es el uso *real* del ordenador, no como acelerador del marketing o de la resolución de problemas técnicos (...). La integración comunal psíquica, lograda al fin por los medios electrónicos, podría crear la universalidad de conciencia prevista por Dante cuando predijo que los hombres continuarían siendo poco más que fragmentos rotos hasta que se unificaran en una conciencia inclusiva. En un sentido cristiano es meramente una nueva interpretación del cuerpo místico de Cristo; y Cristo, después de todo, es la última extensión del hombre» (McLuhan y Zingrone, 1998: 314).

En las últimas palabras transcritas asoma una de las peculiaridades del autor, su condición confesa y militante de católico que tanto sorprende a algunos de sus lectores, como también la expresión aforística de su pensar y el desarrollo fragmentario, a borbotones, de sus ideas. Todo esto únese a una cierta pose de adivino que McLuhan cultiva, pues piensa que incluso los analistas más certeros de la realidad cultural y social van siempre un paso por detrás de ella en lo que se refiere a su visión del mundo, de manera que perciben como un todo orgánico y comprensible solamente el contexto que precediera al que en la actualidad están viviendo. Esto es lo que él denominaba «visión de espejo retrovisor» (McLuhan y Zingrone, 1998: 284), contra la que combatió, precisamente, con sus gestos proféticos.

A veces, por ejemplo cuando aventuraba la fecha exacta de la desaparición del libro, erró clamorosamente, pero hay que reconocerle perspicacia máxima en el vaticinio de cuál llegaría a ser la verdadera revolución de la Galaxia Internet. Sobre todo, si tenemos en cuenta la cronología, pues estamos hablando de un proceso muy corto en el tiempo para lo que fue la transcendencia de las profundas modificaciones ya introducidas no solamente en términos de tecnología sino también en lo que toca a la propia condición humana.

El primero ordenador capaz de ser programado, el famoso ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Calculator), es fruto inmediato de la segunda guerra mundial. El UNIVAC, la primera computadora de uso comercial es de 1951, y la serie 360 de IBM, pionera entre los ordenadores de empresa, es un poco posterior a la aparición del libro *La Galaxia Gutenberg* en 1962. En los años setenta se desarrollan los

microprocesadores. Informáticos jóvenes como Jobs o Wozniak construyen el Appel II mientras que Bill Gates y Paul Allen hacen evolucionar el lenguaje de programación BASIC. Pero es después de la muerte de McLuhan, ya en 1981, cuando se vende un millón de microordenadores VIC-20 de Commodore, lo que impulsa a IBM a entrar en este mercado. En 1983 llega a la feria SIMO de Madrid el primer PC de IBM en España, con un precio de 400 000 pesetas (equivalentes a 2400 euros de hoy en día y unos cuantos dólares más), que viene acompañado del DYNA TAC, el primer terminal móvil de Motorola, conocido popularmente como «el ladrillo». A finales del decenio de los ochenta, el CD-Rom posibilita la eclosión de los portátiles.

Aquellas ínfulas vaticinadoras de Marshall McLuhan cobran todo su mérito si reparamos en esta otra secuencia cronológica. De 1972 data la primera demostración de ARPANET, una red de ordenadores creada en 1969 desde la Universidad de California en Los Ángeles por la «Advanced Research Projects Agency» (ARPA) del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. En 1983 se crea la red MILNET exclusivamente para fines militares, y aparece ARPA-INTERNET dedicada a la investigación bajo el control de la NSF, la «National Science Foundation». Su privatización ya en los años noventa coincide con el aporte, justo en 1990, del sistema de hipertexto conocido como World Wide Web inventado por el programador inglés Tims Berners-Lee, que trabajaba en el CERN (el centro europeo de investigación en física de altas energías). Luego vendrán la comercialización en diciembre de 1994 del Netscape Navigator y la difusión que desde un año más tarde Microsoft hace del Internet Explorer como parte de su Windows 95, de modo que la suma de semejantes avances permitió finalmente el nacimiento de la Galaxia Internet. Manuel Castells (2001: p. 31) lo ratifica con toda rotundidad: «A pesar de que Internet estaba ya en la mente de los informáticos desde principios de los sesenta, que en 1969 se había establecido una red de comunicación entre ordenadores y que, desde finales de los años sesenta, se habían formado varias comunidades interactivas de científicos y hackers, para la gente, para las empresas y para la sociedad en general, Internet nació en 1995».

Quiere esto decir que cuando cumplimos la primera docena de años inmersos en la nueva Galaxia todavía no podemos dar por superado lo que bien podríamos llamar el «periodo incunable» de la nueva cultura generada por Internet. Mas basta con el tiempo pasado para preguntarnos si se pueden detectar ya o no sus efectos, más o menos

evidentes, en la propia condición humana. Aquellos jovencísimos espectadores de la representación madrileña de *Historia de una escalera* tendrían, cuando el comienzo de Internet, los mismos años que yo cuando la televisión comenzó su andadura en España. A mi casa aún tardaría un lustro en llegar la pequeña pantalla, pero ellos sin duda accedieron más pronto a la red, bien en la escuela bien en su domicilio: los tiempos van ahora mucho más prestos. De todos modos, supongo que comparto con ellos un mismo acomodo a la Galaxia Internet, aunque para mí no es ésta la burbuja en la que nací, crecí y aprendí a leer. Probablemente, en el caso de que su lectura cómica del drama de Buero Vallejo, tan ajena a mi propia sensibilidad, fuese fruto de una mediación externa, muy poderosa, yo pensaría antes en la influencia de la Galaxia McLuhan, y dentro de ella de la omnipresente televisión, que de la responsabilidad de Internet.

Igual que sucediera con la arribada de la escritura —recordemos la actitud de Sócrates— o con el invento de la imprenta —a la que el propio McLuhan, ciertamente muy de pasada, llega a atribuirle el contagio de la esquizofrenia y la alienación como «consecuencias inevitables» de la alfabetización fonética (McLuhan y Zingrone, 1998: 291)—, es legítimo hacernos la misma pregunta que se hace el apocalíptico Sven Birkerts (1999: 285): «¿por qué tan poca gente se pregunta hasta qué punto no estaremos cambiando nosotros mismos ni si estos cambios son para bien?». Las respuestas que él mismo encuentra son todas ellas negativas y amenazantes. Los medios tecnológicos nos apartan cada vez más de lo natural, nos alienan de nuestro ser fundamental. Una poderosa cortina electrónica se interpone entre cada uno de nosotros, los demás, la naturaleza y, en definitiva, la realidad. Si cada individuo posee un «aura» propia —el término viene de Walter Benjamín y de a su definición de la obra de arte—, una presencia única, estamos sufriendo una erosión gradual pero constante de dicha presencia humana, tanto en el plano individual como en el del conjunto de nuestra especie. El resultado final será, inexorablemente, la más absoluta superficialidad —Marcuse hablaba también de «unidimensionalidad»—. Huyendo de la profundidad inherente al ser humano hasta hoy, estamos acomodándonos «a la seguridad prometida de una vasta conectividad lateral» (Birkerts, 1999: 293).

No es fácil, quizás por falta de suficiente perspectiva temporal, identificar los síntomas más sobresalientes de la respuesta humana a las condiciones objetivas y subjetivas que las nuevas tecnologías imponen. Tenemos, sin embargo, algunas

aproximaciones, popperianamente válidas en cuanto falsables, que contraponen conceptos identificados, por caso, con la tríada *tesis/antítesis/síntesis* que la filósofa Rosa María Rodríguez Magda (2003) vincula, respectivamente, con la modernidad, la posmodernidad y lo que ella denomina *transmodernidad*. Modernidad es tanto como Galaxia Gutenberg, la posmodernidad corresponde a la Galaxia McLuhan y, finalmente, la transmodernidad surgiría de lo que Rodríguez Magda denomina Galaxia Microsoft y nosotros preferiremos llamar Galaxia Internet.

Entre el apocaliptismo puro y la integración entusiasta hay matices intermedios, por supuesto. Recuerdo, por caso, la posición de James O'Donnell (2000), un cincuentón norteamericano de origen irlandés, profesor de estudios clásicos y especialista en Agustín de Hipona, que desempeña las funciones de vicerrector de sistemas de información e informática en la Universidad de Pennsylvania. En su libro sobre los avatares de la palabra desde el papiro al ciberespacio se nos muestra como un integrado que escribe, sin embargo, desde una intensa conciencia apocalíptica. O'Donnell duda sobre el futuro del libro, de los autores, de la lectura, de las bibliotecas, de las Humanidades académicas y de las propias Universidades. Recela también de que los nuevos tiempos acaben por marginar a librereros, escritores, lectores, bibliófilos, humanistas y profesores.

A esta espada de Damocles tienta de responder con un talante elegante y positivo, no exento de voluntarismo, porque, como él mismo dice, «estudio el pasado, pero proyecto vivir en el futuro» (O'Donnell, 2002: 23). Precisamente por eso, toma a Casiodoro, autor sobre el que versó su tesis de doctorado, como símbolo de lo que debería ser la actitud de los maestros humanistas en el nuevo teatro universal del ciberespacio. Así como el autor de las *Institutiones*, desde su retiro monástico de Vivarium en la costa italiana, dedicó todas sus energías a preservar de los bárbaros la civilización clásica decadente, habilitando a los monjes como copistas eficaces de la erudición grecolatina, O'Donnell entiende que no muy diferente resulta su trayectoria personal de filólogo que dio el salto desde sus habilidades mecanográficas juveniles hasta el manejo de procesadores de textos rudimentarios como el Kaypro II, para llegar a la visita asidua, via módem, de bases de datos en línea o la edición electrónica de una revista de estudios clásicos. Y añade la siguiente confidencia: «en algún momento del proceso comencé a darme cuenta de una ironía. Yo había llegado a ser como Casiodoro.

No porque fuese cristiano o erudito, sino porque, más o menos conscientemente, ayudaba en la tarea de crear, para la gente y las ideas que yo valoraba, un espacio útil en el nuevo ambiente tecnológico» (O'Donnell, 2000: p. 185).

Resulta ocioso añadir que yo mismo me siento muy identificado, biográfica pero también ideológicamente, con esta postura. Que ya había sido, por cierto, propuesta por Marshall McLuhan, quien en 1969 denunciaba que si los occidentales alfabetizados estuviesen realmente interesados en preservar los aspectos más creativos de su civilización, dejarían de permanecer de manos cruzadas lamentando los cambios para zambullirse en el vértigo de la nueva tecnología con el objeto de controlar la nueva Galaxia.

Hay una expresión suya que me parece digna de ser repetida aquí: McLuhan pide que se cambie la «torre de marfil» por una «torre de control» (McLuhan y Zingrone, 1998: 317). Y en este importante texto suyo, ya citado, que no pertenece a uno de sus grandes libros sino a una entrevista periodística, viene a incidir en el campo de la educación en general y de la enseñanza audiovisual en particular. Para esto, es necesaria la racionalización de nuevas estrategias docentes, porque —son sus palabras— «esperar que un niño crecido en la era eléctrica responda a las formas de educación antigua, es como esperar que un águila nade. Esto simplemente no está dentro de su ambiente, por lo tanto es incomprensible» (McLuhan y Zingrone, 1998: 299).

McLuhan hablaba en la citada entrevista de los «niños televisivos» como actores de la Galaxia Gutenberg, pero nosotros ya habitamos en la Galaxia Internet y por eso Nicolás Negroponte (199: p. 272) emplea por su parte la expresión «niños digitales». Por cierto: no sé si mis coespectadores de *Historia de una escalera* responderían mejor a una o a la otra de esas denominaciones (probablemente a ambas). Por más que se calculara que cualquiera de aquellos niños de McLuhan ingresaba en la guardería con 4.000 horas de televisión a sus espaldas, el pensador consideraba que con ellos seguía siendo enteramente posible una «mezcla creativa» de las dos culturas, la alfabético-gutenbergiana y la «eléctrica».

Porque la secuencia de Galaxias, la sucesión de esos cinco ciclos que irían de la oralidad a Internet, no representa compartimentos estancos y tránsitos irreversibles. El propio McLuhan recordaba cómo los sistemas de comunicación eléctrica —pensemos en la radio y la televisión— representaron un claro retorno de la oralidad a la esfera de la comunicación humana y la transmisión cultural.

Ciertamente, la impronta de la voz y la función determinante del oído ahorma de nuevo el siglo XX en el que, si reparamos bien en el asunto, la televisión doméstica se construye sobre los cimientos genéricos y temáticos de la radio, hasta el punto de que algunos teóricos de la comunicación hablan a este respecto de *audiovisión*. Pues bien, una regresión semejante está claro que se produce entre la Galaxia Internet y la Galaxia Gutenberg. Umberto Eco (Nunberg, 1998: 305) clausuraba en 1994 un simposio sobre el futuro del libro advirtiéndolo que «la característica principal de una pantalla de ordenador es que alberga y muestra más letras que imágenes. La nueva generación se acercará al alfabeto más que a las imágenes. Volvemos de nuevo a la Galaxia Gutenberg, y estoy seguro de que si McLuhan hubiera sobrevivido hasta la carrera de Apple hacia el Silicon Valley, se hubiera maravillado ante este acontecimiento portentoso». No es de extrañar, así pues, que T. Nelson, uno de los *gurús* del hipertexto, llame a los ordenadores «máquinas literarias».

Para que la Galaxia Internet propicie un refuerzo de la lectoescritura como fundamento de la educación humana es necesario que se implementen estrategias docentes bien articuladas y plenamente conscientes de los fines que se persiguen, lo que era uno de los caballos de batalla del último McLuhan, convencido un tanto hiperbólicamente, como a veces le gustaba manifestarse, de que las escuelas de los años sesenta y setenta eran «instituciones penales intelectuales» (McLuhan y Zingrone, 1998: p. 300).

Comencé estas páginas con el relato de una experiencia personal desasosegante: la contradictoria por risueña representación de *Historia de una escalera*. Cumple que ahora eche mano de otra vivencia que fue por el contrario plenamente satisfactoria.

Allá por el otoño de 2002 fuí invitado a visitar el «Centro de Desarrollo y Tecnología» vinculado por la Fundación Amancio Ortega al proyecto «Ponte dos

Brozos». El mentado proyecto pretendía la mejora de los procesos de enseñanza y aprendizaje en el contexto de la Galaxia Internet a partir del trabajo en tres centros del Ayuntamiento local en la villa gallega de Arteixo que incluían el segundo ciclo de infantil, primaria, enseñanza secundaria obligatoria, bachillerato y ciclos formativos de Formación Profesional.

En las aulas piloto que visité, los lapiceros, mapas, libros y la plastilina de colores convivían con ordenadores de sobremesa y portátiles, con pantallas digitales, escáneres e impresoras. La conectividad estaba garantizada, y formaba parte del conjunto de recursos de que los alumnos disponían con absoluta facilidad.

Nunca olvidaré, tampoco, que en la gran pantalla del aula, así como en las pequeñas de los ordenadores, aparecía un texto, un fragmento de la novelita picaresca *Lazarillo de Tormes*. Y que la fuente de la que procedía eran los fondos digitalizados de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que fue fundada en la Universidad de Alicante poco antes de aquella visita mía a Arteixo, concretamente en 1999.

Desde entonces y hasta hoy, la Biblioteca Virtual (<http://www.cervantesvirtual.com>) ha servido cuatrocientos veinticinco millones de páginas: el mes de mayo de 2008 fueron diecisiete millones, de las que menos del cuarenta por ciento fueron solicitadas desde Europa. El catálogo de la biblioteca oferta 30 000 registros bibliográficos o documentales en general, que se van incrementando día a día. La cifra, aunque modesta si la comparamos con los fondos de las mejores bibliotecas presenciales, es meritoria en el ámbito de lo virtual si tenemos en cuenta que el «Gutenberg Project» (<http://www.gutenberg.org>), constituido en los primeros años setenta como un banco de textos informatizados, dispone de 19 000 títulos y recibe mensualmente dos millones de descargas. Tal posibilidad se ha aplicado, lógicamente, a otras latitudes culturales y lingüísticas, como por ejemplo en el Japón mediante el portal *Aozora Bunko* (<http://www.aozora.gr.jp/>), la «Colección del Cielo Azul» que digitaliza textos nipones de dominio público según la legislación del país.

Con la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes se pretende también contar con un vehículo válido para propiciar el conocimiento de las culturas hispánicas, entendiendo por tales las fundadas sobre las lenguas compartidas por la Península

Ibérica y América Latina. Por lo tanto, la literatura de esas lenguas, producida en el ámbito iberoamericano, la hemeroteca y la enciclopedia interpretativa de las obras literarias y sus referencias críticas conforman los tres pilares de la Biblioteca.

En 2004 Google anunció su proyecto de volcar en la red, en abierto, quince millones de libros procedentes de entidades públicas como bibliotecas, universidades u otras instituciones culturales. La iniciativa del líder mundial entre los buscadores de Internet encontró enseguida serias dificultades, relacionadas sobre todo con el complejo asunto de los derechos de autor y de copia, pero ya es accesible su programa de busca de libros (<http://www.books.google.com>) que permite obtener información básica sobre obras de las que no hay vista previa disponible, acceder a la lectura directa de algunos fragmentos del texto solicitado o, incluso, a un número limitado de sus páginas.

Ante la aparente modestia de los dígitos que la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes maneja en comparación con las magnitudes millonarias que Google promete, hay que hacer una distinción determinante. No es lo mismo elaborar un gran banco de textos bibliográficos puesto en la red mediante la mera digitalización facsimilar de los libros originales que construir una auténtica biblioteca virtual, concebida para prestar a sus usuarios deslocalizados los mismos servicios que una biblioteca tradicional.

No se trata, solamente, de la información y la orientación necesarias para transitar con garantías de éxito por la frondosa selva de la producción escrita que la Humanidad ha acumulado a lo largo de más de dos milenios. Hay que proporcionar también todo un amplio abanico de herramientas lingüísticas e hipertextuales que allegarán valor añadido a la mera existencia de una determinada obra en Internet. Una biblioteca virtual puede ser en sí misma una construcción intelectual enriquecedora, y no un simple almacén digital de textos, lo que exige un lapso razonable de tiempo para desarrollar el trabajo y las inversiones apropiadas.

Existe, por otra parte, otra dimensión del problema que no puede ser desatendida. Ante el anuncio de Google la reacción europea no se hizo esperar. Tras unas declaraciones iniciales de Jean-Noël Jeanneney, presidente de la «Bibliothèque Nationale Française», advirtiendo de lo que esto representaba desde el punto de vista de una posible hegemonía cultural, el propio entonces francés presidente Chirac tomaba

cartas en el asunto apuntando que cumplía dar una respuesta desde Europa y sus lenguas a este envite, respuesta que no significa ir contra nada ni contra nadie sino a favor de la diversidad cultural y de que exista un punto de vista plural en la globalización del conocimiento que Internet está propiciando a ritmo acelerado.

Como consecuencia de esta reacción, contamos hoy ya con el proyecto de una Biblioteca Digital Europea apoyada además por Alemania, España, Hungría, Italia y Polonia, para el que Francia ha propuesto el nombre de *Europeana* que ya está en la red (www.europeana.eu) con documentos procedentes, en principio, de la Bibliothèque Nationale Française, la Biblioteca Nacional Szechenyi de Hungría y la Biblioteca Nacional de Portugal. Al proyecto se han incorporando ya hasta un total de veintitrés bibliotecas públicas del Viejo Continente, y se pretende que en 2010 sea capaz de ofrecer más de seis millones de libros, películas, fotografías y otros documentos procedentes de países de la Unión Europea.

El fondo de la cuestión ha sido objeto, por lo demás, de un libro del propio Jean-Noël Jeanneney (2005), muy pronto reeditado, y de muy provocativo título: *Quand Google défie l'Europe*. Sus tesis son incontestables: Google es una empresa estadounidense que cotiza en Wall Street. En consecuencia, Google Search Book respondió a una búsqueda sobre Victor Hugo con veinte libros en inglés y uno en alemán, ninguno en la lengua del autor de *Les Misérables*. Y a un cibernauta que realizó una cala sobre *Great Expectations* de Charles Dickens se le coló, literalmente, un vínculo con una empresa amañadora de casamientos. Con razón dice Jeanneney (por cierto: un integrado, pues antes de dirigir la BNF estuvo al frente de la principal radio pública francesa) que a la hora de hacer una búsqueda sobre la revolución francesa le resultaría inaceptable que la primera referencia fuese a *A Tale of Two Cities* del propio Dickens y no a *Quatre-vingt-treize* del también citado Hugo. Él mismo pudo comprobar que una consulta realizada en febrero de 2006 en el sitio español de Google (www.book.google.es) acerca de Cervantes dio como primer resultado cinco obras en francés, seguidas de tres libros en inglés para que, al fin, en novena posición apareciera una antología de fragmentos de *El Quijote* en su lengua original (Jeanneney, 2006: 22).

Uno de los problemas de Internet es una cierta confusión entre información y conocimiento, así como el peligro de provocar una especie de infocaos. Habría que

añadir a ello la amenaza de un monopolio cultural monolingüe, por no hablar de perspectivas más propias del llamado pensamiento único. Bibliotecas virtuales como la Miguel de Cervantes están pensadas precisamente para evitar estos riesgos, ofreciendo el canon de las literaturas de varias lenguas cultivadas aquende y allende el Atlántico, rigurosamente reproducido y arropado además con las aportaciones últimas de la investigación filológica y literaria. Pero junto a lo dicho, lo que se pretende es aproximar a aquellos «niños televisivos» o «niños digitales», a través de la pantalla, a la lectura de los textos.

José A. Antonio Millán (2001: 21), acreditado experto español en la Galaxia Internet, sostiene la tesis, que yo comparto sin reservas, de que la lectura es la llave del conocimiento en la sociedad de la información. La red proporciona esta última a borbotones, en términos nunca antes logrados, pero no basta con eso. El único instrumento para la absorción individual de la información y su transformación en conocimiento es la lectura, que es una actividad individual, creativa, pero susceptible de ser inducida y tutorizada por los profesores.

George Steiner (2006: 96), una de las máximas figuras del humanismo contemporáneo, quisiera ser recordado como un «buen maestro de lectura». Y el prematuramente desaparecido comparatista e intelectual palestino, Edward Said, afirmaba, asimismo, poco antes de su fallecimiento que su trabajo como humanista era precisamente la lectura de textos fundamentales, procedieran de donde procedieran.

Procedieran de donde procedieran: por ejemplo, añado por mi parte, de los fondos de una biblioteca virtual. «Lo que yo enseño —concluía Said (2003: 82)— es cómo leer», y yo quisiera concluir también con esas mismas palabras, *enseño como leer*, seguro de que no les sonarán ajenas a mis amables oyentes de hoy.

Dario Villanueva

Madrid, 4 de julio de 2008

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berners-Lee, Tim, 2000: *Tejiendo la red*, Madrid, Siglo XXI.
- Birkerts, Sven, 1999: *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, Madrid, Alianza Editorial.
- Bourdieu, Pierre, 1996: *Sur la televisión*, Paris, Liber-Raison d'agir.
- Bruner, Jerome Seymour, 1986: *Actual Minds, Possible Worlds*, Cambridge, Harvard University Press.
- Bustamante, Enrique (compilador), 2003: *Hacia un nuevo sistema mundial de comunicación. Las industrias culturales en la era digital*, Barcelona, Gedisa.
- Castells, Manuel, 1997: *La era de la información. Vol. 1. La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial.
- , 1998a: *La era de la información. Vol. II. Economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza Editorial.
- , 1998b: *La era de la información. Vol. 3. Fin de milenio*, Madrid, Alianza Editorial.
- , 2001: *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Cavalli Sforza, Luigi Luca, 2006: *La evolución de la cultura*, Barcelona, Anagrama.
- Cristal, David, 2002: *El lenguaje e Internet*, Madrid, Cambridge University Press.
- Chion, Michel, 1993: *La audiovisión: introducción a un análisis conjunto de la imagen y el sonido*, Barcelona, Paidós.
- Eco, Umberto, 1968: *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, Barcelona, Lumen.
- , 1992: *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen.

- , 2002: *Sobre literatura*, Barcelona, RqueR editor.
- Gómez de Liaño, Ignacio, 1982: *El idioma de la imaginación*, Madrid, Taurus.
- González Quirós, José Luis, y Gherab Martín, Karim, 2006: *El templo del saber. Hacia la biblioteca digital universal*, Barcelona, Ediciones Deusto.
- Goodman, Nelson, 1988: *Ways of Worldmaking*, Indianápolis, Hackett.
- Jeanneney, Jean-Noël, 2006: *Quand Google défie l'Europe. Plaidoyer pour un sursaut*, Paris, Mille et une nuits (segunda edición, revisada, aumentada y puesta al día).
- Kernan, Alvin, 1990: *The Death of Literature*, New-Haven/Londres, Yale University Press.
- Lledó, Emilio, 1992: *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica.
- May, Renato, 1959: *Cine y televisión*, Madrid, Rialp.
- McLuhan, Marshall, 1969: *La galaxia Gutenberg. Génesis del Homo Typographicus*, Madrid, Aguilar.
- , 1994: *Understanding Media. The Extensions of Man*, Cambridge/London, The MIT Press.
- McLuhan, Eric, y Zingrone, Frank (compiladores), 1998: *McLuhan. Escritos esenciales*, Barcelona, Paidós.
- Millán, José Antonio, 2001: *La lectura y la sociedad del conocimiento*, Madrid, Federación de Gremios de Editores de España.
- Murray, Janet, 1999: *Hamlet en la holocubierto. El futuro de la narrativa en el ciberespacio*, Barcelona, Paidós.
- Negroponte, Nicholas, 1999: *El mundo digital. Un futuro que ya ha llegado*, Barcelona, Ediciones B. S. A.
- Nunberg, Geoffrey (compilador), 1998: *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*, Barcelona, Paidós.

O'Donnell, James, 2000: *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio*, Barcelona, Paidós.

Ong, Walter J., 1987: *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, F. C. E.

Platón, 1984: *Diálogos*, México, Porrúa.

Rodríguez Magda, Rosa María, 1989: *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna*, Barcelona, Anthropos.

-----, 2003: "La globalización como totalidad transmoderna", *Claves de Razón Práctica*, 134, 22-30.

-----, 2004: *Transmodernidad*, Barcelona, Anthropos.

Said, Edward, 2003: *The Art of Reading/El arte de leer*, Universidad de Oviedo.

Sassoon, Donald, 2006: *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Barcelona, Crítica.

Sennett, Richard, 2006: *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.

Steiner, George, 2001: *La muerte de la tragedia*, Barcelona, Azul Editorial. Primera edición de 1961.

-----, 2004: *Lecciones de los maestros*, Madrid, Siruela.

Terceiro, José B., 1996: *Socied@d digit@l. Del homo sapiens al homo digitalis*, Madrid, Alianza Editorial.

Terceiro, José B., y Matías, Gustavo, 2001: *Digitalismo. El nuevo horizonte sociocultural*, Madrid, Taurus.

Thompson, Demian, 1998: *El fin del tiempo*, Madrid, Taurus.

Villanueva, Darío, 2004: *Teorías del realismo literario*, segunda edición corregida y aumentada, Madrid, Biblioteca Nueva.

-----, 2007: *La poética de la lectura en Quevedo*, Madrid, Siruela.

Wittgenstein, Ludwig, 1973: *Tractatus Logico-Philosophicus*, versión de E. Tierno Galván, Madrid, Alianza Editorial.

Zaid, Gabriel, 1996: *Los demasiados libros*, Barcelona, Anagrama.